

***Elecciones en Costa Rica: el crecimiento del Frente Amplio y
las perspectivas para el avance de las izquierdas***

HÉCTOR SOLANO CHAVARRÍA*

Resumen:

Costa Rica vive un momento político atípico. La irrupción del Frente Amplio como una fuerza política con posibilidades reales de obtener un triunfo electoral en febrero de 2014, abre perspectivas que, hace muy pocos meses, eran inimaginables.

Dichas perspectivas, en un balance más allá de las elecciones, parecerían apuntar a la generación de condiciones para modificar la correlación de fuerzas en el país, en beneficio de quienes integran el campo popular-progresista costarricense. Esto es aún más importante si se considera el grave reflujo experimentado a nivel de la movilización social en el país debido a la aprobación del Tratado de Libre Comercio con EE.UU. (TLC) en el referéndum de 2007, y además la crisis estructural que experimentaron las izquierdas desde la década de los noventa, tras la caída del muro de Berlín y el ocaso de algunas de las experiencias del "socialismo real" del siglo XX.

¿Cómo repensar los caminos de las izquierdas en Costa Rica a la luz de las condiciones abiertas por la irrupción del Frente Amplio en el escenario político? El presente ensayo tiene como finalidad explorar algunos de los elementos que han permitido este cambio político en Costa Rica.

1. Introducción

Históricamente considerado el país "vitrina" de Centroamérica y con indicadores en materia social –aunque en constante deterioro- similares a los de países con economías más desarrolladas, Costa Rica se encuentra a las puertas de un proceso electoral, a todas luces, atípico.

Podemos considerar esta situación un proceso atípico debido a que más que una elección presidencial y de diputaciones a la Asamblea Legislativa, todo apunta a que la votación del próximo 2 de febrero será –por excelencia- un nuevo enfrentamiento entre las dos grandes concepciones de país que han estado enfrentadas entre sí durante los últimos años. Me refiero concretamente, por un lado, a aquellos sectores económicos cuya apuesta fundamental es la profundización del modelo neoliberal en marcha en el país desde hace aproximadamente tres décadas, del cual han resultado "ganadores. Y por otra parte, a aquellas fuerzas sociales y políticas que, desde la movilización y la resistencia a dicho modelo, han venido construyendo las alternativas de rescate y refundación del Estado Social que, alguna vez, hizo de Costa Rica un país cualitativamente distinto a sus pares de la región.

Se trata, fundamentalmente, de una disputa entre cambio y continuidad, que, a su vez, está marcada por un contexto de profunda crisis política y social. Y es que, la creciente impopularidad del gobierno de la presidenta Laura Chinchilla (es la mandataria peor evaluada de la región) se ha unido a la apatía y disconformidad de la ciudadanía con la política ("anti-política"). A esto debemos agregar, el deterioro considerable de las condiciones de vida de la mayoría de la población (incremento de la desigualdad social, estancamiento en la reducción de la pobreza y precarización del mundo del trabajo), lo que ha hecho del país un campo de proliferación de conflictos, descontentos e irritabilidad. El saldo de protestas y acciones colectivas de los últimos cuatro años así lo constata.

En este contexto, ¿cómo posicionar el debate sobre la acumulación de fuerzas de las izquierdas?

* Politólogo. Profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica. Director del periódico *Pueblo* e integrante de la Comisión de Formación Política del Frente Amplio.

El actual momento electoral da cuenta de una situación probablemente inédita en la historia política de Costa Rica. La posibilidad real del Frente Amplio de disputar la presidencia de la República, ha abierto condiciones para concretar cambios importantes a nivel de la correlación general de fuerzas sociales y políticas en el país. El solo hecho que una parte de las izquierdas puedan acceder al gobierno es un factor de importancia. De igual modo, se han generado mejores condiciones para resolver el problema de los puentes y la articulación política entre los movimientos sociales y los partidos políticos. Esta relación, por lo demás, ha sido particularmente compleja en el último tiempo.

El presente ensayo intenta reflexionar acerca de los vínculos entre los movimientos sociales y la política, en el contexto de la irrupción del Frente Amplio como fenómeno político-electoral y las posibilidades de concretar un gobierno de izquierdas a partir de 2014 en Costa Rica.

2. Las izquierdas y los movimientos sociales en Costa Rica: una relación problemática

La crisis experimentada por las izquierdas en Costa Rica durante la década de los ochenta impactaron profundamente en la naturaleza y en la capacidad de movilización de las organizaciones sociales de entonces.

No es para menos. Las sucesivas divisiones experimentadas por las tres organizaciones de izquierda más importantes de la época –el Partido Vanguardia Popular (PVP, comunista), el Partido Socialista (PS) y el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP)¹–, no sólo implicaron importantes problemas organizativos o de proyección electoral a dichas agrupaciones, sino que, sobre todo, un importante deterioro y reflujo a nivel de las organizaciones sociales y populares del país.

¿Cuál fue el “telón de fondo” de estos problemas?

A lo largo del siglo XX, el esquema predominante en el país a nivel de la relación entre movimientos y partidos, fue la denominada “correa de transmisión”. En términos generales, el periodo posterior al conflicto armado de 1948 – con especial intensidad, durante las décadas del setenta y del ochenta- estuvo caracterizado por una “naturalización” de una mirada que consideraba a las organizaciones populares (los sindicatos, las organizaciones campesinas y las federaciones estudiantiles, fundamentalmente) instrumentos “funcionales” para la acumulación de fuerzas de las agrupaciones político-partidarias.

A tal punto llegó esta situación, que esos términos ni siquiera eran discutidos durante la época, y menos se objetaba el carácter “deseable” del control partidario sobre las organizaciones. Las implicaciones prácticas de lo anterior trascendían (y por mucho) la cuestión eminentemente conceptual. Las organizaciones populares pasaron a ser concebidas como “campos de disputa” entre los partidos. Se hicieron frecuentes prácticas tales como el posicionamiento de cuadros partidarios en la dirección de las organizaciones o la toma de decisiones en espacios al margen de las mismas.

En la década de 1980, dicha forma de concebir la relación entre partido y movimiento sufrió cambios muy significativos.

En medio de un contexto de mucha complejidad –marcado por la crisis económica y el deterioro de las condiciones de vida de la población², la crispación ocasionada por la crisis centroamericana y un importante auge de la conflictividad en el país³–, las divisiones internas de los grupos de izquierda implicaron un debilitamiento considerable

¹ Una explicación más o menos sistemática de dicho proceso puede consultarse en: Salom, Roberto (1987). *La crisis de la izquierda en Costa Rica*. San José: Editorial Porvenir.

² El periodo estuvo marcado por un incremento exponencial de la inflación, problemas fiscales y endeudamiento externo (condicionado por el Fondo Monetario Internacional) y el incremento de la pobreza en niveles exponenciales. Al respecto, véase: Rovira, Jorge (1987). *Costa Rica en los años 80*. San José: Editorial Porvenir.

³ Al respecto, destaca la proliferación de numerosas huelgas –tanto en plantaciones bananeras en el Caribe y en la zona sur del país, como en el sector público- , y conflictos agrarios y tomas de tierra en las zonas rurales del país. Véase: Salom (1987). Uno de los relatos vivenciales más completos en este sentido es el de Álvaro Rojas Valverde,

de su capacidad para movilizar a las organizaciones sociales de entonces (las cuales también experimentaron procesos de división). Esto, a la postre, ocasionaría un reflujo en las movilizaciones, lo que a su vez facilitaría a los neoliberales la imposición de su modelo económico⁴.

De ese modo, la crisis del “Estado Social costarricense” coincidió, en palabras de José Merino, líder y fundador del Frente Amplio, con la “larga travesía por el desierto” que enfrentaron las izquierdas (no sólo los partidos, que virtualmente desaparecieron, sino las personas). Inevitablemente, los efectos de las políticas neoliberales sobre los sectores populares fueron cada vez más plausibles.

En este contexto, hubo tres grandes ciclos de movilización ciudadana que marcaron, sin duda, un punto de inflexión considerable: la huelga contra la reforma de las pensiones del Magisterio Nacional (1995); la lucha contra la privatización de los servicios eléctricos y de telecomunicaciones (el Combo-ICE, 2000); y la lucha contra la aprobación del Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y EEUU (CAFTA) y su agenda de implementación (2004-2008)⁵. Estos ciclos de movilización, a diferencia de antaño, estuvieron caracterizados por la autonomía de las organizaciones sociales respecto de los partidos políticos (no pocas veces también hubo rechazo) y la preponderancia de los liderazgos considerados “ciudadanos” por sobre los políticos. En síntesis, se abrió una etapa marcada por una mayor horizontalidad entre lo social y lo político.

En esas condiciones al calor de la polarización del país en torno a la aprobación o no del CAFTA— se fundó en 2004 el Frente Amplio, como una opción política autonombrada de izquierda, y que en 2006, llevó a José Merino a la Asamblea Legislativa⁶. Atrás quedaba la “travesía por el desierto”, y en dicho momento, se trazó un objetivo cualitativamente distinto: ¿cómo articular la acumulación experimentada por los sectores populares y progresistas en lo social tras los ciclos de luchas y resistencias contra el neoliberalismo, con las expectativas de consolidación partidaria y crecimiento electoral de una izquierda (el Frente Amplio) que, si bien no reniega de su pasado, entiende autocríticamente la inviabilidad de replicar las formas políticas de antaño en las actuales condiciones?

3. El Frente Amplio: ¿qué podemos esperar?

El escenario que plantean las elecciones de febrero evidencia una situación política que, hace muy pocos meses, era quizás inimaginable.

La candidatura presidencial de José María Villalta (actual diputado del Frente Amplio) ha logrado calar en importantes sectores de la ciudadanía, incluso más allá de la propia izquierda. Según encuestas y sondeos de opinión recientes, Villalta está en el umbral del empate técnico con las candidaturas del oficialista Johnny Araya, del Partido

ex-dirigente sindical y del Partido Vanguardia Popular, y fundador del Frente Amplio. Véase: Rojas Valverde, Álvaro (2012). *Memorias Rojas*. San José: Zeta.

⁴ Vale destacar, que tanto la conflictividad a nivel agrario como a nivel sindical, estuvo marcada por la represión. Sobre la conflictividad campesina en la década de los ochenta, véase: Román, Isabel (1994). *¿Conciliación o conflicto? Luchas campesinas y democracia en Costa Rica*. San José: Editorial Porvenir.

⁵ Respecto a los ciclos de movilización en Costa Rica durante las décadas de 1990 y de 2000, véanse los trabajos de: Mora Solano, Sindy (2008). “De las calles a la negociación: Limitaciones y posibilidades desde el movimiento social”. *Ponencia presentada en las V Jornadas de Investigación del Instituto de Investigaciones Sociales*; y Raventós, Ciska (2008). “Balance del referendo sobre el TLC en Costa Rica a la luz de la teoría de la democracia”, en *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 121, pp. 13-29.

⁶ José Merino del Río había tenido una experiencia parlamentaria anterior en 1998, con el Partido Fuerza Democrática. De origen español y pasado comunista (vinculado al Partido Vanguardia Popular), Merino logró en el contexto de la lucha contra el Combo-ICE posicionarse como la “voz” de los sectores que se manifestaban en las calles contra la privatización de las telecomunicaciones y la electricidad. Fuerza Democrática experimentó una crisis muy seria en 2001, lo que derrumbó los esfuerzos que algunos sectores progresistas estaban articulando para construir una fuerza política alternativa al bipartidismo neoliberal. Durante el conflicto en torno a la aprobación o no del CAFTA (ya como diputado del Frente Amplio, a partir de 2006), Merino fue sin duda uno de los referentes más importantes.

Liberación Nacional (PLN, otrora socialdemócrata, hoy neoliberal), y de Otto Guevara, del Movimiento Libertario (ML, extrema derecha). Todos rondan cerca de 20 por ciento de intención de voto, con una franja de indecisos pocas veces vista (superior a 30 por ciento) y, por ende, con posibilidades de aspirar a la segunda ronda electoral⁷.

La candidatura de Villalta es la única que, desde julio, tiene una tendencia al alza en las encuestas⁸. Al mismo tiempo, se ha posicionado como un referente importante para sectores de la ciudadanía desencantados con la política y que se autodefinen como “apolíticos” (particularmente personas jóvenes, de sectores urbanos e ingreso medio), y ha logrado capitalizar las frustraciones de aquellos grupos progresistas que, alguna vez, apostaron por el Partido Acción Ciudadana (PAC, centro)⁹.

Asimismo, tanto en las elecciones de 2010 como en las que se acercan, el Frente Amplio ha hecho esfuerzos importantes en términos del posicionamiento de dirigencias sociales en puestos de elección popular.

Las candidaturas a la Asamblea Legislativa de referentes importantes de los movimientos sociales, tales como Edgardo Araya (vinculados a las luchas contra la minería a cielo abierto), Gerardo Vargas (sacerdote comprometido con las luchas contra la expansión de los monocultivos y la explotación laboral en el Caribe) o Ronal Vargas (sacerdote comprometido con las luchas por la defensa de los territorios costeros y del recurso hídrico en la provincia de Guanacaste), por citar algunas, muestran los esfuerzos que hace la agrupación por incorporar las agendas de movilización y de lucha dentro de las instituciones de la “democracia representativa”.

Si bien hay numerosos ejemplos de los resultados negativos que pueden generarse cuando dirigentes sociales ocupan cargos institucionales (tendencias a la cooptación y/o burocratización, problemas en la capacidad de convocatoria y de movilización debido al nulo recambio generacional que suele producirse en las organizaciones, eventual corporativización de las agendas institucionales, entre otras), lo cierto es que el involucramiento de liderazgos, gestados al calor de las luchas sociales, en la “política” es una condición necesaria, aunque no suficiente, para la rearticulación entre lo social y lo político.

El Frente Amplio debe poner todo su esfuerzo para avanzar en la articulación (política) de los proyectos alternativos que, todos los días, se gestan en las organizaciones sociales pertenecientes al campo popular-progresista. Más allá de la popularidad de Villalta y de las capacidades de capitalización electoral que el Frente Amplio pueda desarrollar, lo cierto es que si la agrupación de izquierdas tuviese que asumir el Poder Ejecutivo en mayo de 2014, la construcción de bases sociales de apoyo será fundamental para enfrentar los embates que —muy seguramente— vendrán desde la derecha. La campaña del miedo y la estigmatización que se ha orquestado contra Villalta y el Frente Amplio en los últimos meses muestra la “madera” con que está formada la derecha costarricense.

La “toma el poder” *per se* no es condición para generar los cambios (más allá del debate sobre las simplificaciones y confusiones conceptuales que suelen homologar la “toma del poder” con el “acceso al gobierno”). Es necesario tensionar la gestión institucional de las izquierdas (ya sea en el parlamento, como ha sido la experiencia del Frente Amplio, o en el gobierno) con la generación de condiciones para la construcción de poderes en la sociedad. Esto implica complementar el fortalecimiento de las estructuras partidarias, que a nivel de los territorios puedan servir de soporte a la gestión del gobierno (lo cual es fundamental, por lo demás), con la integración de las demandas

⁷ De acuerdo con la legislación electoral costarricense, la victoria electoral en primera ronda es posible solamente si un candidato consigue 40 por ciento de los votos válidamente emitidos.

⁸ Araya, por ejemplo, hasta septiembre tenía una intención de voto cercana a 45 por ciento. En estos momentos, se acerca apenas a 20 por ciento.

⁹ El PAC irrumpe en 2001 como una opción crítica frente a la corrupción característica del bipartidismo predominante en el país durante los años noventa. En las elecciones de 2006, la candidatura de Ottón Solís logró sumar apoyo más allá del PAC, como parte de la polarización del país en torno a la aprobación o no del CAFTA, y lo que en términos de esa discusión representaba la derecha y la opción presidencial de Óscar Arias. Posteriormente, el modesto resultado electoral obtenido por la agrupación en 2010, la indefinición ideológico-programática del partido y sus implicaciones a nivel parlamentario y las sucesivas intrigas y rivalidades por el poder interno en la agrupación, han generado fisuras y desgastes importantes, que tienen al PAC y a su candidato, Luis Guillermo Solís, con una intención de voto que apenas roza el margen de error en las encuestas.

ciudadanas y de organizaciones populares no solamente en el diseño de las políticas públicas, sino, fundamentalmente, en la gestión, la toma de decisiones y la implementación de las mismas.

Como se observa, más allá de los contenidos de las políticas, sí importan —y mucho— las formas mediante las cuales éstas se construyen y permiten avanzar. La “radicalidad” (en el buen sentido) de lo que se propone es indispensable tanto en el *qué* como en el *cómo*. Sólo de esa manera, será posible implementar los cambios que, con tanto anhelo y esperanza, el pueblo de Costa Rica espera que se desarrollen después de la victoria del Frente Amplio el próximo 2 de febrero.